



La foto esta obtenida en marzo de 1930 en los locales de la sociedad «Lagun Artea», con motivo de la recepción por los socios del retrato del malogrado tenor renteriano, Angel Echeverria, ofrecido por Vicente Cobreros.

OBLIGADO RECUERDO

BONI OTEGI

Pocos serán los que en este rincón en que vivimos no recuerden a Vicente Cobreros o, según su edad, al profesor Cobreros. Algunos, sino por más, por aquella prestancia de su caminar resuelto o por la originalidad de su atuendo y por todo lo que, a la vista, configuraba el empaque de su figura, prototipo de la gallardía y de la decisión.

Para quienes le conocimos, son otras muy distintas las imágenes que tenemos que recordar de él, algo más que su alta figura de elevada cerviz. Nadie que le conociera podrá olvidar sus ojillos negros, chiquitines y penetrantes, curiosos y vivaces, ávidos siempre de luz y conocimientos, ojos de mirada joven, mirada de juventud que lleva consigo el artista. Artista fue y no sólo en la pintura, vocación a la que consagró sus mejores afanes, pero la viveza y curiosidad de sus sobresaltadas pupilas eran simple reflejo de su personalidad, serena ante los demás,

siempre deferente y cumplido con todo el mundo, y por dentro ardores de un alma enfrascada en constante inquietud intelectual. Casi no hubo campo, predio o simple huerta del arte y del saber a la que no hubiera llegado.

Así llegó a saber y conocer de muchas cosas y materias, y mejor, por innata preferencia, las relacionadas con el arte en todas sus facetas, incluyendo las labores literarias y de crítica. En éstas destacó por la claridad en la exposición de los temas, por su certera opinión fundada en lo profundo de sus conocimientos y sobre todo por la fluidez y galanura de su saber decir. La gran riqueza de su vocabulario, lo culto y cuidado de sus frases, el modo fino de utilizar la ironía y el latiguillo, hacían a sus escritos comparables a delicados trenzados de encaje.

Cuánto hemos disfrutado oyendo sus críticas radiadas, mucho más cuando era él mismo quien las leía, y

cuánto aprendimos de aquel su lenguaje florido, pleno de sutilezas y de matizaciones.

Y cuánto aprendimos también de él en otra asignatura en la que era auténtico catedrático. Sobre Rentería y los renterianos a Vicente Cobreros podía preguntársele todo. Lo mismo en lo histórico y lo anecdótico, en lo geográfico o folklórico o en cualquier otro tema que tocara que justamente rozase con nuestro pueblo, era capaz de contestar concretamente y de memoria. Si lo sabré yo que en todos estos años de navegar junto con «OARSO» a bordo ha sido mi diccionario de consulta más utilizado.

También es verdad que para esta labor de renterianismo se hallaba muy bien asesorado por sus otros hermanos, celosos conservadores todos de evocaciones y recuerdos, familia de renterianos antañones que arroparon en la añoranza la guarda fiel de las leyendas, la historia y hasta las nimiedades de nuestros acontecimientos locales.

Especialmente Antonio, el boticario, el que le precedió en ese último viaje al que todos estamos abocados, fue también otro hombre que quiso a su «txoko» y al que su facultad de retentiva y la resaltable capacidad de su mente, convirtieron en un vivo archivo de nuestros avatares y de nuestras «batallitas» pueblerinas.

Usando el seudónimo de «SHANTI DE OARSO», desde las páginas de esta revista nos contó muchas curiosidades, en tantos años como duró su colaboración. En este aspecto y afortunadamente para «OARSO», dejó en herencia su seudónimo, el cual es hoy utilizado por uno de sus deudos.

Los dos hermanos, Vicente y Antonio, tenían en común algo más que el apellido. Trastocaron la frase hecha que habla de «amigos fraternos», e invirtieron sus términos para ser «fraternos amigos». Los dos eran cultos, con

un nivel de cultura que cada vez se hace más difícil encontrar en nuestros días. Afines en sus gustos y aficiones y de carácter jovial, contaban ambos con un sentido del humor finísimo, montado en base a su ingenio y a su envidable agudeza, y sobre todo eran dos afables y entrañables conversadores.

Por encima de las cualidades y méritos con que contaban o de sus relevantes triunfos en lo profesional, prefiero recordarlos aquí como animadores en una tertulia en la que se comentaban con entera propiedad y conocimiento los asuntos más dispares, decidores en una charla enjundiosa y grata que ofrecía motivos de reflexión y regusto de aprendido saber, algo que hoy perdura en la evocación y en la nostalgia.

Porque eran tertulias en las que se aprendía.

Cualquiera de ellas, encauzada hacia temas de Rentería, equivalía a la lectura de toda una colección de nuestro «OARSO», de este «OARSO» al que nunca le faltó su colaboración y asesoramiento desde aquel primer número de su primera época, hace más de cincuenta años, para el que Vicente dibujó la portada.

Es pena el que hoy tenga que ser otro, con su pobre estilo, el que tenga que cubrir las páginas destinadas a los dos maestros y que lo tenga que hacer precisamente para dejar recuerdo de su marcha, de su pase a ese otro lugar desde donde se ve todo y donde, sin duda, se sabe cuando son vísperas de Magdalenas.

Me imagino a los dos hermanos en estos momentos, mirando hacia abajo, expectantes, y a Antonio que usando del cariñoso apelativo que el mismo le inventara, dice a Vicente: Escucha «Patillas», ¿no estás oyendo el Centenario?